

# **UN VENERABLE...JUGUETON**

**1971**

Han transcurrido ya cuarenta años, desde que el Fray José León Torres – sacerdote mercedario Fundador de las Mercedarias del Niño Jesús -, penetró en los ámbitos insondables de la Eternidad: ese lapso de cuatro lustros, que pudo ya relegar al olvido el recuerdo y memoria de aquel anciano virtuoso y benemérito, ha sido justiciero y complaciente con él, haciendo que en esos cuarenta años, se acrecentaran el conocimiento y la estimación de sus obras, al par que de sus virtudes y heroica abnegación como religioso y, sobretodo, como dirigente y plasmador de una escuela de santidad, en favor de la niñez argentina.

Al depositarse en lugar sagrado – la hermosa Iglesia que el mismo Padre consiguió edificar en la Casa Madre de las Mercedarias – los restos venerandos del Fundador, se consiguió un valioso testimonio de la veneración colectiva que seguirían rindiéndole, no sólo las Religiosas, sino también la Orden Mercedaria, Córdoba y la Patria misma.

Como si el virtuoso muerto hubiera convertido su tumba en una cátedra desde donde seguiría enseñando y favoreciendo a los que frecuentemente lo visitaban, muy luego ya se empezó a pedir al Cielo que glorificara con la aureola de los Santos, a aquel sacerdote del que recibieron beneficios espirituales en el espacio de 57 años: fue la Arquidiócesis de Buenos Aires quien acordó la primera licencia, para impetrar esa glorificación; licencia que, como un reguero de pólvora se extendió por toda la República.

¿Sería prudente pedir al Cielo, Aureola de Santo para el P. Torres? Como él falleció ya anciano – cerca de 82 años -, he aquí que se tropezaba con una seria exigencia del Divino Maestro Jesucristo, al asegurar a todos sus seguidores: “En verdad os digo, sino volviereis é hicieréis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.” (Math, XVIII – 3)

Severa y terminante es, por cierto, esta exigencia del Dueño de la Vid; y es probable que, para satisfacer ese requisito- sobre todo en un caso de Glorificación o Canonización – se pensó en labrar un serio y grave Proceso en el que, los testigos juramentados y los escritos del P. Torres, hicieran ver con alguna certidumbre moral, que el Padre había tratado, en vida, de satisfacer esas exigencia divina de vivir, de obrar y también...la de “hacerse como un niño”.

Tienen por objeto y razón de ser, estas páginas, el estudiar y considerar con el lector, un aspecto hermoso en la vida y personalidad del P. Torres: a pesar de los muchos años que el Señor le dio de vida; no obstante las obras de capital importancia que atrajeron su atención y entusiasmos y las graves tareas que desempeño – sin mezquindades, ni antagonismo-, fue... ¡un niño! Según la exigencia del Divino Maestro.

Veamos en las páginas siguientes, si somos felices en convencer y también dichosos, persuadiendo a quienes nos honren con su lectura.

## CAPITULO PRIMERO

### 1° Exigencia Divina

Con diversos modos y giros de locución, prometió el Divino Maestro, el Cielo a sus seguidores a los que indicaba los medios y condiciones para conseguirlo; pero... en donde fue más explícito y terminante, fue al asegurarles: “En verdad os digo que si no os volviereis é hicieréis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.( Ev. Math. XVIII – 3)

¿Cuáles fueron el pensamiento y los requisitos que el Divino Maestro quiso darnos a entender y a conocer, como indispensables para conseguir esa divina recompensa del Cielo? Creo muy necesario el aclarar este asunto; porque, tomada esa sentencia en estricto sentido literal, puede llegarse al despropósito y a conclusiones disparatadas.

El P. Scío, al estudiar dicho pasaje del Evangelista San Mateo, acota con autoridades de San Jerónimo y San Hilario: “El Señor les habla de su reino verdadero que es todo celestial; y para reprimir su orgullo ( a los discípulos) les pone delante un niño inocente, diciéndoles que si querían entrar en el reino de los cielos, habían de ser por voluntad, lo que los niños eran por edad “Esto no tiene otro apego que a su padre y a su madre, son incapaces de odio; no se cuidan de honores ni de riquezas; se ve en ellos una total inocencia, por lo que mira a los vicios, y principalmente al orgullo que es mayor de todos.”(1)

Como lo notará el lector, en los dictámenes de ambos Santos Padres de la Iglesia, no hace mención de una de las características más comunes en los niños: la alegría, la jovialidad, y hasta su pasión por las bromas y los juegos; cosas todas que hicieron afirmar a Mons. Dupanloup: “Algo hay, ó pronto ha de haber en una juventud que no juega.”

¿Estaría adornada la personalidad del P. Torres con las exigencias del Divino Maestro, según la exégesis de los Santos Padres Jerónimo é Hilario, y el parecer del prelado francés Dupanloup?

Quien haya conocido y tratado al P. José León Torres, y todos cuántos se hayan empapado en la historia de su vida y en la de sus obras, es probable que no le negará el dictado honroso de varón virtuoso y santo.

Pero...,además de esa concesión ¿puede hacerles también la de que, en sus modales y en su trato, procuraba “hacerse como niño”, siendo jovial, apacible y hasta...juguetón? Lo veremos a continuación.

### 2 “Era alegre y abierto”

Así lo aseguraba el autorizado educacionista mercedario P. Miguel L. Ríos, cuando escribió: “Cuando el Gobierno de Chile me dio comisión en 1930, de estudiar en Argentina los gabinetes de enseñanza y material escolar, visité los establecimientos de las Religiosas

Mercedarias en Buenos Aires, Córdoba y Mendoza y conocí a su venerable Fundador, activo y ágil a pesar de sus ochenta años.

“El P. Torres era un sacerdote de espíritu inquieto, pronto para una charla como para una respuesta oportuna. Delgado de cara, surcada por hondas arrugas que dejaron los años y el trabajo constante; de nariz pronunciada, ojos claros y mirada abarcadora; frente saliente y pensadora; cabeza ovalada cubierta de una cabellera blanca. Su rostro siempre llevaba anunciada una sonrisa de amable acogida, que delataba la bondad de su corazón. Su espíritu de asceta, confiado en Dios, daba la impresión que no le preocupaban las cosas de la tierra, cuando lo urgía una dificultad en el desarrollo de su vasto plan, parecía que nada le preocupaba y nada tenía que resolver al observar su estado animado, alegre y abierto a toda clase de personas. Era el sacerdote cordobés popular y querido de grandes y chicos, de pobres y ricos; tenía corazón para todos así como había tenido talento organizador para instituir una obra de beneficencia social. De psicología tenaz, ante el cumplimiento de su deber religioso. De estatura regular, delgado de cuerpo y de presentación aristocrática, señorial en sus ademanes y con su fino don de gente se captó la voluntad de muchos que contribuyeron generosamente con sus bienes y con su ayuda personal a la realización de su obra.”(2)

En estos magníficos perfiles psicológicos que hace el P: Ríos, del P: Torres, le asigna poseedor de “un espíritu inquieto”, pronto para una charla como para una respuesta oportuna”: ¿intentó decir vivaz, perspicaz? Si es así, estamos de acuerdo; pero...por lo que hace a “pronto para una charla”, ¿se refirió a un diálogo o conversación útil y honesta?

Me inclino a creer que ese fue el sentido que intentó el P. Ríos, al usar los términos “inquietud y charla”, traídos por él: me apoyo en el siguiente párrafo que, escribiendo sobre el P. Torres, redactó el sacerdote mercedario P.A.R. Moya: “No era un hombre mudo, capaz de lucir por su cultura científica y por las dotes sobresalientes de inteligencia. Sin embargo, nadie le trató sin sentir con su contacto un soplo poderoso, sin verse transportado en su palabra sencilla y formidablemente sincera, sin saberes en presencia de un hombre rico y respetuosamente fecundo en luces y tesoros naturales, que son la llama del iluminado. (3)

De idéntico parecer, fue el Card. Y Arzobispo de Santa Fe, Mons. N. Fasolino a quien pertenece este moduloso párrafo: “La conversación del P. Torres me ha dejado gratísimo recuerdo por su tono amable, comprensivo y no exento de alegría. Confieso que el P.Torres, con su semblante simpático y viril, en su misma ancianidad, es una de las imágenes que más llevo grabadas; me parece aun verlo salir del amplio refectorio del Convento mercedario de Córdoba, encabezando la fila de los presentes,”(4)

Teniendo a la vista el parecer y las afirmaciones espontáneas de esos tres testigos oculares; testimonios que ellos hacen después de haber visto, hablado y observado, con interesado estudio, al P. Torres, puede asegurarse que, hasta su ancianidad – los tres lo trataron en 1930 - ,procuraba “hacerse como niño”, portándose jovial, apacible y juguetonamente.

Veamos a continuación, si alguien tuvo la audacia de considerarlo como “un niño”, a pesar de los muchos años que vivió.

### **3. “El Padre Torres era un niño”**

Así calificaba al P. Torres el – tal vez- más autorizado y virtuoso de sus biógrafos, el P. Pedro Armengol Ferreyra E. que no sólo conoció al Padre, desde niño, sino que también pudo observarlo y tratarlo por espacio de veinte años, conmorando en el mismo claustro: ¡fue, sin duda, por eso, que, al saber que había fallecido el P. Torres, estampó esta frase estupenda, en las páginas de su Diario íntimo: “Cuánto agradezco a nuestro Señor, por haberme hecho conocer y convivir con un santo!” (5)

He aquí ahora, el testimonio del P. Ferreyra Escalante: “El padre Torres era un niño. ¡Cómo se equivocaría quien creyera que era repelente su virtud! No había más que tratarle, para quedar prendado de su modo de ser y exquisito don de gente. ¡Qué urbanidad la suya, qué caballerosidad! Ciertamente a más de proceder de la virtud, con la que la urbanidad se da la mano, procedía también de la nobleza é hidalguía de sus progenitores y ascendientes: eso lo traía en la sangre el Padre Torres.

Pero eso mismo que a otros hubiera llevado precisamente al extremo opuesto de la pedantería, a él lo condujo al candor y sencillez. En los recreos de Comunidad, aún en los últimos años de su larga vida, se creyera que se trataba de un joven: ¡cómo sabía mantener la alegría y la animación en las reuniones familiares! (6)

Como lo hace ver con claridad el biógrafo, en esta página citada, asegura que “era un niño”; no porque lo supiera inquieto, travieso y bochinchero, por temperamento, sino por haberlo experimentado “sencillo y candoroso por voluntad” y propia industria, que es querer del Divino Maestro, según la opinión de San Jerónimo en la interpretación del texto evangélico anteriormente citado: así lo corrobora el mismo sacerdote mercedario, al asegurarnos: “Los que le hemos conocido personalmente, podemos testimoniar que su humildad, virtud característica de él, fue a lo San Francisco de Sales: adquirida a martillazos: su temperamento era sanguíneo. Enérgico por naturaleza y manso por gracia”. ¡Procuró “hacerse niño”.

Por creerlo oportuno y, con la benevolencia del lector, insertaré aquí la siguiente página que trae mi obra EL PADRE TORRES:

“El programa diario de las comunidades de vida mixta, es decir de acción y contemplación, fija también tiempos de honesto esparcimiento, comúnmente llamado “quiete”; consiste en un recreo en común, después del almuerzo y cena: es un acto de comunidad y, por cierto obligatorio, y suele ser más copioso en las fiestas de la Iglesia, de la Orden y las patria.

“Pues bien, en esas recreaciones era en donde nuestro Fr. José León, sin pretenderlo, ni intentarlo, reflejaba más tersamente el interior de su alma, como en el más límpido y mejor bruñido de los espejos. En efecto. Se sentía en el Convento de Córdoba, en la sala de recreo, una mesa de billar, deporte en el que era escasos los aficionados y, menos aun, los maestros en ese deporte. Pero, estando presente el P. Torres, eran de ser vistos y presenciados los partidos que se disputaban; la algazara que se apoderaba de todos los concurrentes, y la alegría que embargaba a aquel grave y venerable anciano a quien todos miraban con respeto reverencial:

jera algo llamativo en sumo grado...pues en esos momentos irradiaba la hermosura y el símil...de un niño complaciente y juguetón con sus Hermanos y compañeros!

“En otra ocasiones, sobretodo en invierno – por los fríos reinantes se hacía el recreo en el patio del claustro, para aprovechar el sol cordobés que suele ser muy diáfano y bienhechor. Durante varios años, alrededor de 1921, había en casa un gato negro muy mimado, y alguno de los Padres tenía un rifle para matar gorriones a los que era muy aficionado el gato.

“Armábase entonces, a la hora de quiete de medio día, una cacería: el Padre del rifle llamaba al gato al piso del claustro; apuntaba al gorrión; y cuando éste caía fulminado por la bala, el gato se lanzaba fugazmente, por las escaleras, en busca de la presa; pero el P. Torres, puesto de antemano en algún punto estratégico, si podía, arrebatava al gato la codiciosa presa, para provocarlo a mayor ansiedad: presencié en algunas ocasión esta cacería...y...¡con toda la sinceridad de mi alma, confieso que, lejos de desidificarme la conducta del P: Torres, viéndolo cómo subía y bajaba las escaleras, repitiendo varias veces esa operación, al parecer, imposible ó a lo menos angustiosa para un sepulturero; viéndolo alegre y entusiasmado en cosas de niños y, al parecer, de personas sin graves preocupaciones...sentí profunda y reverente admiración por él, pues, ya sabía yo ( como estudiante profeso) que los superiores llevan sobre sus hombros la cruz más pesada de la Casa religiosa (él era Provincial); y no me eran en absoluto desconocido, algunos asuntos delicados y serios que él tenía entre manos; veía además que así se portaba en los momentos en que lícitamente podía hacerlo, recordando la conducta de S. Juan Evangelista que, ya anciano, se entretenía jugando con “una perdicita”; y, sobretodo, recordaba la sentencia del Divino Maestro: “Si no os hicieréis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.”(7)

Sin tener nada que rectificar a los juicios que hice – hace tres lustros -,sobre el P. Torres, sólo me permitiré afirmar que, al haber leído y tratado minuciosamente sus escritos, se han grabado en mi alma la convicción de que, realmente trató de hacerse y portarse como niño: no otra cosas intentan estás páginas, sino la de que el lector admire la virtud de este anciano que se hizo niño, para.....entrar al Cielo.

Veamos a continuación, si alguien, fuera del claustro de la Merced presintió este florón en la característica del P. Torres.

#### **4. “Mensurado, humilde y jovial”**

Con esas tres brillantes pinceladas, el Boletín Eclesiástico de Córdoba, orló la figura y personalidad del P. Torres, al dar la noticia de su fallecimiento, escribiendo en sus páginas:

“Se esperaba de un momento para otro, el fallecimiento de este esclarecido mercedario; mas no por eso ha dejado de ser hondamente sentido.

“Verdadera reliquia de la Córdoba clásica, la de los viejos claustros, desaparece a la avanzada edad de ochenta y dos años, después de edificar con la palabra y el ejemplo a sus hermanos en religión, lo mismo que a cuantos fieles tuvieron la fortuna de tratarlo.....

“Bastaría anotar en su hoja de servicio el haber sido ocho veces provincial, Mensurado, humilde y jovial hasta el grado de servir su conversación de solaz y lenitivo a grandes y

pequeños, reflejaba a la vez una alma no común, por la sabiduría de sus consejos y la ciencia práctica de la vida.” (8)

Tres notas llamativas ve el Boletín Eclesiástico de Córdoba, haciéndolas resaltar, en la personalidad del P. Torres: la humildad (virtud cristiana que consiste en el conocimiento de nuestra bajeza); la mesura (gravedad, compostura, cortesía); la jovialidad (alegría y apacibilidad de genio).

Que es verdad que el P. Torres se valía con frecuencia de la jovialidad, para hacer agradable su conversación y trato, aún con los extraños al claustro, permítaseme copiar aquí el siguiente párrafo:

“Conservó el Padre, hasta en su última enfermedad, esta simpática modalidad; pues, asegura el P. Ferreyra E. que, después de habersele administrado la Extrema – unción, el día 7 de Diciembre, por hallarse con ataques que parecían de muerte, hizo entonces su último “chiste”, como lo asegura el oficioso cronista del acto, al escribir: “pide luego que ofrezcan un cigarro a Vicente Sarfield (Ignacio), un sobrino suyo que estaba presente...” Consultado años después, el Sr Ign.Sarfield, me respondió: “Era una broma del fraile, y me la hacía con frecuencia, pues, yo jamás fumé”.

¿Se mostraba jovial y juguetón el P. Torres, solamente con sus hermanos de hábito, con sacerdotes amigos ó con sus familiares de mayor confianza? ¿Usaba esa misma arma de la jovialidad ó humorismo en la formación, dirección y trato de las Religiosas de su Congregación?

Efectivamente...así lo hizo y, por casi medio siglo

Que no se creyó cohibido, el P. Fundador, para usar esa conducta con las Religiosas a las que instaba a conseguir la santidad de su estado, nos lo hará ver el órgano periodístico VERGELES MERCEDARIOS, vocero oficial del Colegio de la Casa Madre del Instituto, que – en 1940 – estampó en sus páginas la siguiente semblanza de una de las Religiosas, como motivo del 91 Aniversario del natalicio del Padre, leyéndose allí:

“Gloria y honor eternos al Ilustre Fundador”.

“Su fisonomía moral. – Sacerdote según el corazón de Dios. Religioso ejemplar. Apóstol incansable.

“Manso, humilde, afable en su trato, alegre é ingenioso en su expresión, con la jovialidad de las almas puras; servicial hasta el sacrificio; apostólico, pero ajeno a todas las exigencias de un celo indiscreto; pequeño de cuerpo, fecundo y grande de alma; risueño, oportuno: cada frase suya poseía una mezcla de alegría, de paternal afecto, de sacerdotal sabiduría; rectísimo a pesar de su suavidad; intencionado en su rara simplicidad; invencible a pesar de su serenidad y de una virtud extraordinaria; tesonero, inexorable a pesar de su aparente naturalidad: características todas de una sólida virtud y de su vida santificada por el trabajo, el heroísmo, el sacrificio y la oración. (10)

De “afable en su trato, alegre en su expresión y con la jovialidad de las almas puras”, calificó a su Padre Fundador, la Autora del escrito de VERGELES MERCEDARIO, que – según supongo con fundamento – trató por más de veinte años al P. Torres.

¿No os parece, lector amable, que todos esos testimonios aducidos en este Capítulo, nos autorizan a pensar y sentir con el P.A.R. Moya que nos asegura que el P. Torres era un niño? Veamos lo que nos dice:

“Murió cuando era un niño de 81 años. Así lo revelan la agilidad de su espíritu, la sencillez de su vida, la mansedumbre de su carácter y la bondadosa confianza que depositaba en todos, sin tener jamás para nadie la aspereza impulsiva que retrae, ni desprecio que amilana, ni la inferencia que coarta los afectos. Era un niño por la juventud magnífica de su espíritu, por la robustez soñadora de su cerebro donde aún se albergaban muchos pensamientos benéficos y muchos ideales dinámicos.

“Cumplir el mandato evangélico de ser como los niños por la pureza y sencillez de las costumbres, por el desapego a los goces de la vida, por el hábito de no guardar sino las flores que recogió en su camino sin cuidarse para nada de las espinas que lo punzaron, por toda la transparencia de su alma limpia y sincera.”(11)

Ante los valiosos conceptos laudatorios para el P. Torres, que nos facilitaba el manejo de juicios, vistos anteriormente, puede asaltarnos, no cabe duda, la presunción o sospecha de que nuestro personaje no fuera otra cosa que un hábil y artificioso simulador que, por más de medio siglo, fascinó con sus patrañas....a muchos y a todos.

Que eso pudo suceder, no hay duda que fue posible; pero...nos dejó el Divino Maestro una enseñanza ó alquimia, para averiguarlo, con el relato que nos hace el Ev. San Juan “Si a mí no queréis creer, creed en mis obras.”(12)

Para estudiar “Las obras del P. Torres”, podemos hacerlo en lo que la historia nos relata sobre él y también en sus Escritos: dejando éstos para el capítulo siguiente, veamos a continuación, si durante su vida, su ancianidad y aún, a la hora de su muerte, sigue obrando con la sencillez de que nos han hablado los testimonios anteriores; pues, nos resulta sospechoso que pudiera fingir y simular por más de medio siglo, máxime si se ha de tener en cuenta la sentencia del Maestro que nos relata S. Mateo: “...no los temáis; porque nada hay encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber.” (c. X – v. 26)

## **5. ¿Se portó siempre como niño?**

No te ocultaré, lector amigo, que es difícil y engorroso el dar respuesta satisfactoria al interrogante de este párrafo; pues no podemos desconocer que, para hacerlo justa y equivalente – en pro o en contra tropezamos con nuestra natural incapacidad para penetrar y sondear las intimidades, la conciencia de nuestros semejantes.

Pero...no estamos desprovistos en absoluto de algunos medios o indicios que, a lo mejor, nos indican la pista que puede llevarnos a una conclusión, más o menos, segura y cierta. Humanamente hablando, ni el mismo P. Torres hubiera podido asegurar – sin peligro de engañarse – que obraba con la inocente sinceridad de un niño; pero sí podía tener una certeza, a lo menos, moral de que lo hacía así, si su conciencia no le arguía de lo contrario. Veamos, a continuación, un hecho documentado.



Es el día 1° de Febrero de 1877. El P. Torres es un joven sacerdote que apenas tiene cumplido 27 años de edad; ocho de profesión y tres y medio de sacerdocio; pero, a pesar de eso, se halla investido con todos los derechos, deberes y preeminencias de Superior Provincial de sus Hermanos, los Mercedarios argentinos. Esa designación la hizo en Roma, el P. Mtro. General de la Orden, el 2 de Agosto de 1876, habiendo tomado posesión del delicado puesto el 25 –XI del mismo año. (13)

En ese día 1° de Febrero, el P. Torres, recogido en su sencillo escritorio, se halla redactando una carta que, no sólo, será la primera que dirige y envía a su Mtro. General, sino que - ¡para la Historia! Será una revelación de lo que sería ese pichón de sacerdote y Provincial.

Al redactar el P. Torres esta su primera carta – credencial a quién le había enviado los galones de Provincial ¿se esmeró en que ella fuera portadora y reflejo fiel de sus aptitudes culturales y científicas, para congraciarse con él y tenerlo siempre a su favor? Nada de eso estampó en esa su misiva, como lo hace ver los dos primeros párrafos, en donde se lee:

“Rmo. Padre: por disposición de V. Rma. Me encuentro a la cabeza de estos Conventos en calidad de Vicario Provincial, distinción que recibo sin merecerla ni tener aptitudes para secundar sus altos deseos. Soy del todo incapaz para ocupar un puesto tan serio y delicado como el que se me encomienda; pero son disposiciones de V. Rma. A quien he jurado pronta y ciega obediencia, y esto me basta para tranquilizarme, esperando en la protección Ntra. Sma. Madre quien me ayudará, dirigiendo mis pasos.

“A continuación, el joven Provincial, prosigue, como dando a conocer a su superior, el programa de gobierno que se había trazado, dos meses antes, que no era otro que el fijado por las leyes de su Orden. Deja ver claramente, también, la delicadeza de conciencia de que estaba adornado, temiendo, - ¡y a esa edad! – el juicio de Dios, por la terrible misión que se le había confiado; y termina el segundo párrafo con una magnífica sentencia que más bien parece el sesudo consejo de un anciano; de un avezado director de almas ó, a lo menos, de un varón ya bien templado en las tareas y lidias de gobierno: así lo leo é interpreto - ¡sin ninguna violencia!-, pues, dice así.

“Mis pensamientos, Rmo. P. desde que tomé el mando de la Provincia, es gobernar a mis hermanos, teniendo en las manos nuestra sagrada Constitución; porque sólo así, no me expondré a aumentar mis culpas ante mi Dios.

En todo seré franco con V. Rma. Poniéndolo al cabo de cuantas cosas juzgue necesario, soy joven y por lo mismo necesito más que otros, de su continua dirección.” (14)

He ahí, en esos párrafos el retrato nítido de un “joven niño” que, a pesar de no encontrar en las intimidades de su personalidad, cualidades ó “dotes de gobierno”, halla fuerzas para aceptar un difícil mandato, porque recuerda que ha jurado obedecer; y la tranquilidad inunda su alma, al considerar que su obediencia quedó hipotecada – en su profesión Religiosa- precisamente, al Supremo General de la Orden.

Reconoce el P. Torres que el mandato se lo ha hecho aquel “a quien ha jurado pronta y ciega obediencia” y asegura que “esto me basta para tranquilizarme”; ¿porqué? Porque no duda – al obrar así – “de la protección de Ntra. Sma. Madre quien me ayudará, dirigiendo mis pasos.

Muy festejada, en el Cielo, debió ser esta conducta del “joven niño” P. torres, a juzgar por las ocho ó diez veces que, en más de medio siglo, se le hizo igual o parecido mandato; en la última vez – diciembre de 1927-, al increpar fraternalmente a quienes lo habían elegido, que él ya se consideraba, ni más ni menos que...¡como una bolsa de huesos! Y ..., gozoso, aunque dolorido...tomó la cruz y la siguió llevando hasta un año antes de su preciosa muerte.

Así se portó como un niño el P. Torres; así lo enseñó – con la palabra y el ejemplo – a sus Religiosas del Instituto, y así lo dejó como un código sagrado, dando a ellas esta lección hermosa:

“Por amor a Dios y a su Santísima Madre, pido a todas las religiosas que, cuando sean nombradas superiores, procuren por todos los medios hacerse útiles para el desempeño de sus oficios, pidiendo esto a Dios; y al ejercerlo, hacerlo con verdadero interés de estudiar en la práctica todo lo que sea posible.

“Es un gravísimo mal empezar a manifestar lo inútil que son y que cualquier hermana desempeñaría mejor ese puesto. De aquí empiezan a nacer preocupaciones y a cambiar de carácter y...a matar el tiempo, y a des el descuidar el oficio y a permitir se introduzca el desorden: el mal llega a cegarnos de tal manera, que está por demás nos hablen porque somos tenaces y nadie nos conoce. Y así prevalece a todo la propia voluntad, llegando esto a ofender el voto de obediencia. (15)

Es el mismo P. Fundador que les enseñó, en el mismo sentido: “Obediencia ciega é incondicional a mis superiores, reconociendo siempre en ellas, la voluntad de Dios. (16)

Ahí tenemos develado el secreto y la estrategia usados por el P. Torres, al hacerse religioso mercedario, “para más fácilmente – lo dijo él conseguir la salvación; pero ésta ¿podré conseguirla fuera del cumplimiento de mis deberes”. (17)

Sin duda, tuvo siempre presente el P. Torres, que el Divino maestro le prometía el Cielo, pero a condición “de que se hiciera como niño” y , como en las páginas de la Sagrada Escritura leyó y oyó leer, en múltiples ocasiones, que... “El varón obediente cantará victoria” (Provs. X – 38), encontró fácil y sencilla la estrategia, para conseguir “cantar victoria”, solamente obedeciendo a Dios y a sus representantes: así lo permite sospechar, la siguiente enseñanza que da a una superiora que se lamentaba por las contradicciones\_ y pesares que le ocasionaba el superiorato: “No se agite tanto por tonteras y oposiciones de personas de afuera: eso sucede en todas partes y son circunstancias de a provechar, para portarse con serenidad y entereza revistiéndose de energía reposada, para proceder con tino...Por acá se batalla con espada desnuda y nuestro Señor, de contento, permite nuevo combate.” (18)

A través de esta doctrina del P. Torres, se seguiría que el Superiorato – en las Ordenes ó Instituto Religioso – es una misión sencilla y fácil de cumplir y, por lo tanto, laudable el aspirar a ello y aún buscarlo, según el consejo de San Pablo “Anhelad carismas mejores” (19). ¿Podremos incluir también ese sentir, en las enseñanzas del P. Torres de manera que una religiosa o religioso, busquen hasta con empeño vehemente, algún Superiorato?

De ninguna manera, porque tampoco es doctrina de San Pablo que, en el citado pasaje enseñe a los fieles de Corinto los dones especiales que Dios reparte entre los fieles; además, a

continuación de la citada invitación, añade: “Y aun os enseño un camino más excelente” (Ibid) ¿cuál será? La necesidad, los oficios, la perpetuidad y la excelencia de la Caridad!

Que tampoco era – el soñar con superioratos-, doctrina del Padre, lo hace ver con meridiana claridad, el primero de los párrafos citados, anteriormente...”, de lo cual no puede seguirse que él enseñe, ni aconseje que el simple súbdito ó simple religiosa se preocupen deseando cargar con la Cruz más pesada de la vida claustral, el ser superior; Cruz que si El la da a quien El ha destinado, El también sabrá aligerarla, si el destinatario la aceptó por obediencia; y El sabrá aligerar su peso con la Omnipotencia de sus gracias y favores a quienes la lleven gallarda y alegremente, según aquella breve, pero consoladora lección del mismo P. Torres a una superiora que le hacía de confidente de los trabajos, contradicciones y sufrimientos porque atravesaba, respondiéndole, el Padre:”

“No tiene porqué asustarse. Mientras mayores dificultades aparezcan, mayor tino y acierto le concederá nuestro Señor.”(20) ¡Sí sabría por propia experiencia, el P. Torres que, en más de veinte años, cargó sobre sus hombros, la cruz más pesada en su Provincia Mercedaria Argentina, a la que no puede dejar de añadirse, la obra de 43 años de formación y dirección del Instituto de mercedarias del Niño Jesús.

No piensen los lectores que estoy brindándoles una bien colmada y sabrosa viada de exageraciones, ó de supuestas benemerencia en favor del P. torres, pues se trata de una estricta verdad: cuando el Padre fundó la Congregación, - Hnas. Mercedarias-, ya había desempeñado el Provincialato durante nueve años y 4 meses; después de la Fundación, lo hizo durante once años, invistiendo ese carácter y autoridad...! Y lo hacía sin apuro, ni precipitaciones, cual si dispusiera de un nutrido plantel de ministros y secretarios que, constantemente estuvieran a su lado, no sólo para hacerle guarda- espaldas que miraran por su salud y por su vida, sino también para colaborar con él, haciendo provechosa todas las gestiones que él realizaba, sólo.... Porque eran asuntos de obediencia a los que conceptuaba.....“De la gloria de Dios y lustre de su Orden querida”!

Hermanos, é igualmente en los que pertenecían a las Religiosas, eran asistido con la graciosa cooperación de “invisibles” ministros, consejeros ó secretarios?

Hombre de fe vivísima, como lo era, sin duda que, más que simplemente sospecharlo, lo creía y se congratulaba por ello, como nos lo hará ver el siguiente párrafo de una cartita suya al Mtro. Gral. Valenzuela:

“Como le decía en mi anterior, estoy trabajando una casa para las Hermanas, que me cuesta, sin añadiduras, 28.000ps. En el mes entrante la recibiré concluida. Por consiguiente tengo que satisfacer esta deuda. Inmediatamente abriré un colegio para pocas niñas internas y hasta cincuenta externas. Acto continuo empezaré a gestionar la adquisición de un terreno grande, donde puede edificarse Iglesia, Convento y Colegio, sin contraer, por cierto, ni la menor deuda, pues se trabajará por partes con lo que vayamos teniendo: ya he dado a este respecto algunos pasos, y yo pienso que en las obras hemos de volar, teniendo en vista que ni un solo cálculo se me frustró desde la fundación. Por esto creo que la Ssma. Virgen habla en cada acto o proyecto concerniente a sus hijas Mercedarias.”(21)

¡Qué hermoso y sugestivo es este párrafo del P. Torres, al entonar un devoto Tedeum a Dios, en la intimidad de su carta al P. Mtro. General! Y ¡qué hermoso acto de inocente candidez, al reconocer y confesar su convicción de que toda su obra se debía a que la Divina Dispensadora de las Gracias, “habla (¿ordenando?) en cada acto o proyecto concerniente a sus hijas Mercedarias”!

Que la Ssma Virgen siguió “hablando” y protegiendo las obras que emprendía y las obediencias que él cumplía, lo confesó – varios años después -, al escribir a las Religiosas: “Ya se ven muy manifiestos los prodigios con que Ntra. Ssma. Madre las favorece, para que vivan obligadas a Ella y le correspondan con fidelidad verdadera. Si concibieran la loca idea de abandonar el campo ( de acción?), Ella también las castigaría con justicia; y si, lo que Dios no permita, sin algunas abandonasen las filas de sus hijas queridas, entonces, andarán sin madre en el mundo (22)

Pero... basta ya; y si no podemos asegurar del P. Torres que todo su intenso obrar lo realizó como un niño candoroso que lo hace sólo y exclusivamente por obediencia, tampoco se encuentran vestigios de que lo hiciera por puro orgullo o necia vanidad; pues, si bien es verdad que exclama con grande complacencia que “ningún solo cálculo se le frustró”, lejos de atribuirlo a su ciencia ó sagacidad, se lo reconoce a la Ssma. Virgen y a los merecimientos y oraciones de.... “sus hijas Mercedarias”

Véanse en el párrafo siguiente, algunas juguetonas anécdotas que, verbalmente, han llegado hasta nosotros.

## 6. Anécdotas del P. Torres

No obstante la jovialidad infantil que, de vez en cuando, se producía brotando espontáneamente, en la conversación familiar del Padre Torres, él aparecía, de ordinario, como una persona grave y seria; y, probablemente, nadie pudo tacharlo de locuaz y parlanchín, ante, al contrario, con toda justeza pudo ser incluido en el gremio de “hombre de pocas palabras”, por ser un virtuoso en la ciencia.....del callar

Contrasta, sin duda la anterior afirmación con el testimonio aducido en páginas anteriores, del P. Miguel L. Ríos que nos aseguraba, que era de “...espíritu inquieto, pronto para una charla, como para una respuesta oportuna...” modalidad que le atribuyó al P. Torres. No creo, sin embargo, que haya una fragante contradicción, pues el mercedario chileno sólo trató en algunas pocas ocasiones a nuestro crédito mercedario – argentino; y claro está que la ingénita cultura, don de gentes y afectuosa atenciones que prodigó el anciano, al joven huésped, le hacía extremar en su verbosidad, movido hasta por la misma caridad; pues, trataba el P. Torres de hacer agradable y placentera la estadía del P. Ríos entre nosotros, y también para que no extrañara la ausencia de su Patria y del consorcio de sus Hermanos Chilenos.

Aclarada esta especie de objeción que alguien pudiera hacernos, al leer estas páginas, debo declarar que es muy exigua la cantidad de anécdotas que, por tradición oral, ha llegado a

nuestro conocimiento. Muchas pudieron ser sus anécdotas, por los numerosos años que él conmoró en nuestro Convento; por las grandes obras en que actuó, y por la jovial vivacidad que todos le reconocieron: se ha de atribuir esa escasez, por lo tanto, a que fue un sacerdote grave y reservado.

Conviene advertir, además que, al tratar aquí de reflexionar sobre el porqué de esas anécdotas, casi indefectiblemente, se nota enseguida, cuál fue la causa ó motivo que la ocasionó: es por ello que las encasillamos en los siguientes, para mejor apreciación de las mismas:

- Su condición de sacerdote – religioso
- un algo útil y noble
- alguna seria preocupación
- una justa alegría.

Para mejor intelección y apreciación de las ocurrencias ó chistosas “salidas” del P. Torres, en casos repentinos o en situaciones que se le presentaban de improvisto; y, para más admirar la facundia de su inventiva, véanse estos tópicos, por separados, con las reflexiones que he creído oportuno, hacer, en obsequio de los lectores.

#### Su condición de sacerdote – religioso

Siendo Maestro de Novicios, el P. Torres – cuando apenas era un pichón de sacerdote -, escribió un Manual de Urbanidad, para sus alumnos, teniendo como primer párrafo en la obrita “Como nuestra perfección consiste en amoldar nuestras acciones a las de Cristo N. Señor, así internas como externas, por este motivo nos es absolutamente indispensable el conocerlas y distinguirlas.” (Vide en Mus. P.T. HH.MM.)

Por estos mismos años, estando fuera de su Convento el Padre, trata de portarse de acuerdo con aquella enseñanza: en la obra EL PADRE TORRES se lee la siguiente anécdota, diciéndose:

“Escuché de labios de la Srta. Margarita Sarfield – sobrina carnal del P. Torres – que su señora madre Elisa Torres, les solía contar cómo, cuando el Padre iba a Luyaba, siendo sacerdote joven, organizaba las hermanas carnales y algunas otras niñas parientes de Fr José León, paseos a caballo y lo invitaban las acompañara, pues, iban a casa de otros parientes. Siempre accedía el Padre, por tratarse de sus hermanas, pero indefectiblemente de una estratagema que pone la delicadeza de su alma y los cuidados que ponía, para dejar a salvo su condición de religioso y su reputación de sacerdote.

“Cuando las niñas estaban ya preparadas y enjaezadas las cabalgaduras, pretextando tal ó cual quehacer, o que estaba por terminar el rezo de su Oficio Divino, las convencía de que iniciaran luego la marcha y que, enseguida, las alcanzaría, pero él, conocedor de las distancias y buen calculador del tiempo requerido, para llegar al lugar a donde se hacía el paseo ó la visita, calculaba también el tiempo y ... casi siempre sucedía lo mismo: las

alcanzaba, cuando sus hermanas y demás Amazonas se encontraban ya en el lugar determinado.

¡Muy mal compañero de sus hermanas, argüirá algunos de mis lectores! Puede ser que así lo fuera, pero no se desconocerá que, con esa conducta, cuidaba su buen nombre y reputación, revelándose de esa manera, todo un honrado y gentil caballero de su “Dama...la santa Pureza” (O.c.pág.44)

“Han pasado ya, tal vez, treinta años, del suceso de aquellas cabalgatas; el P. Torres se halla al frente de su fundación de las Mercedarias del Niño Jesús: ¿qué clase de confianza y de familiaridad se permitirá con esas Religiosas? ¿Será la del varón cariñoso, afectivo, parlanchín y temerariamente imprudente que ponga en tela de juicio su virtud y la de los miembros de dicha Corporación que lo tiene como su Director?

¡De ninguna manera! Si la Divina Providencia lo eligió para fundar y dirigir una escuela de santidad, como es un Instituto Religioso, le dará gracias sobreabundantes, para saber comportarse, alejarse y también huir hasta de la sombra de peligro, como nos lo comprueba el hecho siguiente.

“Viaja el Padre a la provincia de Entre Ríos, en compañía de varias Religiosas del Instituto; han atravesado el Paraná en un barco o lancha que, al atracar en el puerto de la Ciudad, quedaba la orilla del barco, algunos centímetros distantes de la planchada fija en tierra, desciende primeramente el P. Torres y prosigue su camino, pero, al volver la vista, por no sentir las voces, ni los pasos de las compañeras de viaje, no que éstas permanecían temerosas en el barco, no atreviéndose a vadear el peligro que lo era, para ellas, ese paso, sin tener de dónde asirse....

“Se vuelve, entonces, hacia ellas, el Padre; trata de animarlas y darles corajes; y, no consiguiéndolo con solo palabras, saca tranquilamente su pañuelo, lo pone sobre su mano derecha que ofrece a la Religiosa que está más cercana; la hace, así, pasar el peligro; guarda cuidadosamente el pañuelo y prosigue su camino, dejando que esta religiosa haga ella, con las restantes, lo que él hizo con ella: él prosigue andando!

“¡Qué admirable, encuentro yo, este sencillo hecho que nos muestra cómo el Señor inspira en los momentos aptos para el peligro y para la ocasión de la posible complacencia, la apostula genial y caritativa “salida”; ó si se quiere, el recurso improvisado de quienes son fieles, hasta en los más pequeños detalles; pues, nadie ignora que el tacto es el más sensual de los sentidos.”  
(24)

Una tercera anécdota del P. Torres, nos la proporciona un hecho sencillo y vulgar. Hagamos el relato con brevedad.

En los finales de la segunda década del siglo actual, la Divina Providencia hizo un regalo muy valioso al P. Torres y a su Congregación de Mercedarias, haciendo que una señora se les ofrendara con todos sus bienes y, pidiéndole como única recompensa que se la albergara con las religiosas, vistiendo también ella, el hábito de las mismas.

Entre los bienes que la generosa donante dio a la Congregación, se hallaba un auto que fue luego puesto en servicio, haciendo algunos viajes y algunos otros menesteres que se creyeron necesarios. Ignoro qué cara puso el P. Torres, al auto; pero no es difícil que le dispensó frecuentes halagos ó caricias, porque, acostumbrado como estaba – por más de veinte años – a

hacer su viaje diario – alrededor de 30 cuadras -, a la Casa Madre de Alta Córdoba (usando el tranvía a caballo), con el nuevo vehículo ó auto, hacían su aparición las sirenas tentadoras de poder suplantar sus piernas y el viejo transporte, por un nuevo medio de transporte que él juzgaría de lujó é inconveniente, para un pobre!

Por su parte las Religiosas debieron recibir algún contento, al poner a disposición del P. Fundador, el dicho auto: sobre todo, para que usara en los días fríos ó de lluvia, y luego ya empezaron a quererlo convencer de que lo usara; pero tropezaron siempre con la negatividad del Padre.

Como el tranvía dejaba al Padre, a dos cuadras de la Casa Madre; allí lo esperaba el auto con su chofer, para llevarlo; pero el P. Torres hacía las dos cuadras a pie, conversando con el conductor del coche, que, intrigado por el “porque” de esa actitud, lo interpela:

-Pero...si está el coche ¿porqué no sube?

-Porque, si subo – contestó el Padre – me lo van a seguir mandando y eso es lo que yo no quiero.

Era el P. Torres, un varón sacrificado y gozaba y lo halagaba.....el poder sacrificarse.

– Un algo útil y noble

Estando adornado el P. Torres con una exquisita sensibilidad que él con su industria y lucha diaria convirtió en admirable bonhomía, para servir mejor a su Divino Maestro, claro está que, ante casos sorprendidos que aparecieron a su alrededor, estuviera listo para actuar la vena de su humorismo y jovialidad, siempre que su intervención contribuyera a la adquisición de algo útil y en una causa buena y noble. De ello nos certificarán, a lo menos indirectamente, las tres anécdotas siguientes que conservo en el archivo de mis recuerdos sobre las andanzas del P. Torres.

Trasladémonos, mentalmente, amigo lector, a la ciudad de Roma – Capital del Orbe Cristiano – y en el mes de Abril de 1892, encontraremos a nuestro P. Torres, en la Diaconía de San Adrián en donde tiene su asiento la Curia General de la Orden de la Merced, cuya cabeza principal es el Mtro. Gral. Fr. Pedro Armengol Valenzuela: ¡ahí está el hijo de Luyaba!

La casa de San Adrián se halla en esta ocasión con inusitada copia de personal de sacerdotes mercedarios, por haberse congregado la mayoría de los Superiores Mayores de las aún, pocas Provincias de la Orden, con el fin de estudiar en la magna Asamblea de un Capítulo General, nuevas Constituciones Mercedarias.

Se encuentra también, entre los huéspedes de la Casa, nuestro Padre Torres que, en el mes anterior – el 19 de Marzo, se permitió el lujo; y tuvo el gusto de festejar – en compañía de su Celestial Tocayo, el Patriarca San José – el 43 aniversario de su vida..... ¡en Belén!

Luego que estuvo de regreso el Padre, en Roma – cumplida su Peregrinación a Tierra Santa, se iniciaron las sesiones del Capítulo General que fue presidida por el Rmo. P. Valenzuela: por cierto que la preocupación grande del Rmo. P. Presidente, por la gravedad de la tarea que él dirigía como principal piloto, le pondrán los nervios en tensión constante que, a lo mejor, por causa que alguien tacharía de nimiedades, podían explotar!

Entre los componentes de la magna Asamblea, se hallaba un sacerdote de edad avanzada que, habiendo tenido que vivir, durante varios años, una vida de poca ó ninguna observancia y recogimiento claustrales – tal vez- solo, ó con algún remedo de comunidad-, lo había contagiado el mundo seglar con varias de sus modalidades, entre ellas, la de cruzar las piernas, ó poner una sobre la otra: este acto desagradaba mucho al P. General que, no animándose a desagradar al anciano Religioso – a quien deseaba corregir - , en buena hora pensó en hacer confidencia del asunto, a nuestro P. Torres.

Muy acertado estuvo el Rmo. P. Valenzuela, al elegir el confidente: se conocieron en Valparaíso, Chile, hacía tres años; pues, en esa ocasión sabiendo el P. Torres – Provincial, entonces – que el P. Valenzuela había sido elegido General de la Orden, inicio en seguida un viaje a través de la Cordillera de los Andes; rindió sus homenajes al nuevo Gerarca de la Merced, y, posteriormente en esos trece años, estuvieron en comunicación epistolar, continua y fraternal.

Al hacer el P. Valenzuela, al P. Torres, la confidencia sobre el desagrado que le producía el ver al anciano capitular, cómo ponía una pierna sobre la otra; y las mudaba con sencilla naturalidad y habituado desenfado; al mismo tiempo le hizo ver el peligro que podía ocasionar al anciano, una corrección ó reprimenda, y le recalco que no encontraba el medio adecuado de subsanar ambas dificultades.

Comprendido por el P. Torres el complejo embarazoso que atormentaba al P. Valenzuela, le vino en seguida una de sus ocurrencias vivaces que, comunicándola a éste, la encontró hacedera y fácil, a lo menos, de ponerla en práctica, guardando ambos riguroso secreto de lo tramado y resuelto.

Convocados los Capitulares a la sesión siguiente, concurren todos ellos, se rezan las preces de práctica y ocupa cada uno el asiento que se le destinó.

Mientras el Rmo. P. Valenzuela hacía algunas consideraciones ó advertencias sobre el asunto que correspondía tratar, como aguijoneado por un resorte oculto, clava una mirada fuerte y penetrante en el P. Torres que, divagando su mirada hasta por el techo del salón, se mostraba muy campante, haciendo bailar su pierna derecha, sobre la izquierda.....

-¡Cómo es eso, P. Torres – le increpa con un gesto furibundo, el P. General - : S.R., el Provincial de los Mercedarios Argentinos; Usted que fue Maestro de Novicios; Usted que recibió formación estricta de benemérito P. Morales, sentado cruzando las piernas, como un seglar cualquiera; y sin fijarse que estamos aquí reunidos, representando a toda la Orden y con el fin de redactar el código que la de regir?

Inmediatamente bajó la pierna el P. Torres; pidió disculpa muy gemebunda al P. Reverendísimo y a todos los presentes, por el mal ejemplo que les había dado; y finalmente...pidió que rogarán por él, para poder corregir esa manía.

Por cierto que el anciano Hermano causante del sainete, sino le gana al P. Torres, en el acto de bajar la pierna, lo hizo al mismo tiempo; y ...no dicen los cronicones de la época, si además de corregirse de su manía, agradeció al P. Torres por haberlo librado..... del chaparrón!

¡Así fueron siempre las candorosas travesuras del niño José León!



b)De lo anterior, han transcurrido más de treinta años; el Padre ya cuenta más de 76 los que ha vivido; y, no obstante ser muchos ellos y muchos más aún los quehaceres, tareas y privaciones porque atravesó y desempeño, aún resplandece en él la mina rica de su agudeza y jovialidad, para inventar una salida ingeniosa ó para tener a flor de labios, una respuesta perspicaz y juguetona , como se verá.

Se halla de visita – a mediados de 1925 – en Buenos Aires, hospedándose en la casa de sus hermanos, de calle Gaona. Al hacer la lista el Superior, de la celebración de las misas del día siguiente, se le fija al P. Torres, en la iglesia de las Hnas. Del Sistera of Merci, distante algunas cuadras del Convento, pero, dándose cuenta, luego el P. Superior – lo era accidentalmente el P. R. Delgado – que había peligro de tormenta a la media noche, le dice compadecido: - como hay peligro de que llueva, P. Torres, no se moleste en ir, pues, lo hará otro de los Padres.

Con el énfasis de gallardía que ponía a disposición de su humorismo, el P. Torres, al notar que se le hace blanco de lástima y conmiseración, le contesta él, haciendo uso de una bravata juguetona:

-¡No ¡chico: yo también puedo ir, porque a mí, tratándose de monjas, no me atajan ni piedras con punta.

Véase la delicadeza de este virtuoso viejo: no desempeñaba, entonces, ningún Superiorato; a pesar de que ese Convento nació por iniciativa y gestiones suyas, sólo se consideraba huésped allí y anhelaba, a lo menos, contribuir al bien de esa Comunidad, prestando generosamente la ayuda de celebrar en aquella Capellanía, aliviando así a los demás Hermanos que llevaban el peso de la Casa, con el desempeño de sus ministerios.

Esta juguetona salida del P. Torres, tampoco nos da lugar para sospechar de él, de solamente lo animara un ánimo y carácter bufonesco, sino que con ella, contribuía a un algo útil y santo: ¡ese era su deleite!

C) la anécdota de que nos ocuparemos ahora, es contemporánea de la anterior y se halla documentada en una cartita del Padre. Hela ahí.

Entre las muchas enseñanzas que el P. torres dio a la Congregación de Mercedarias del Niño Jesús, sobresale la siguiente, por su contenido, brevedad y exactitud, diciendo: “Sed activas en vuestros deberes, amables y sociables: no para ser queridas, sino para ganar almas para Dios y hacer amar vuestro Instituto.”

Esa breve lección que contiene el meollo de las enseñanzas del P. Torres, a sus religiosas, enseñanzas que eran como un poderoso eco de su conducta intachable y caballeresca, lo impele a escribir una breve cartita a una de las Superiores, recordándole que, habiendo sido elegido Maestro General de la Orden, el R. P.Fr Juan del C. Garrido, correspondía a ella, enviar al Padre una carta de felicitación, muy bien escrita y redactada, en la cual le manifestara también la complacencia de todas sus religiosas y súbditas, por ese hecho, etc.

Como pudiera haber acaecido que la Superiora ya hubiera cumplido con ese deber social, o que la Madre experimentara algún desagrado por esa intervención ó reconvencción del P. Torres, termina éste su carta con la siguiente juguetona chuscada:

“Y no me diga.... Yo no soy nena, para que de la oscuridad de los claustros, me vengan a enseñar la cartilla de mis deberes”. (25)

¡Qué abundancia y riqueza de dotes y recursos concedió el Señor, al P. Torres, para que mantuviera impávido y gustoso en la pesada y larga tarea que Él le confió de formar escuela de

santidad; y de estar a su frente, sin vices, ni gerentes, ni suplentes, y toda esa gestión, por la friolera de..... casi medio siglo!

El de mostró en esta obra y en las otras que realizó, sin recompensa humana alguna, que fue un émulo aventajado del avaro que pone todas sus delicias en amontonar requisas materiales: el Padre las puso también, pero fueron las suyas, los galardones que recompensan las fatigas y sacrificios de quien trabaja por su Dios y por las almas. La anécdota considerada últimamente, también nos lo hace ver y ...¡con toda claridad!

### **3.-Alguna alegría justa y razonable**

Cuando el P. Torres recibió la noticia ( en la noche del 31 de Agosto de 1880) de que el P. Fr. Pedro Armengol Valenzuela se había hecho cargo en Roma, del gobierno de toda la Orden, se apoderó de él una alegría desbordante y contagiosa; y con muy mayores quilates, al parecer, que los demostrados por aquella mujer que, habiendo extraviado una drakma (moneda de plata), al encontrarla después de mucho buscar y forcejear...llamó a sus amigas y vecinas...para que la felicitaran y se alegraran con ella”

¿Qué fue lo que produjo tanta alegría, en el Provincial P. Torres? Aún cuando algo extensa sería la copia, creo no se me tachara de plagario, pues, la solicito a ESTAMPAS DE UN CONDUCTOR? Donde se lee:

“El martes 31 de Agosto (1880) – escribió el Corista Toledo, se recibió la comunicación por la que se supo que nuestro Rmo. P.M. General Fr. Pedro A. Valenzuela se había recibido como tal el 31 de Julio en Roma. En este Convento se celebró la noticia con un Te Deum que se cantó con un repique, todo después de las nueve de la noche.”

“Sin duda que la hora – 9 de la noche - , era algo intempestiva, pues en la aldea cordobesa de ochenta años atrás, muchos de sus habitantes ya se encontraban en los brazos de morfeo, pero el P. Torres, como para que los cordobeses averiguaran al día siguiente ( no había teléfonos que molestarán en la noche), el porqué del repique inusitado, no trepidó en ordenar al ciego Don Benito Salguero que diera uno de los mejores de su variado y artístico repertorio.

Y tan grande debió ser el contento y alegría que experimento el P. Torres, al saber que la frágil navicilla del Patriarca Nolasco estaba ya bajo la dirección del sabio piloto a quién trato seis mese antes, en Valparaíso, Chile, que esa noche..., sin duda estuvo desvelado, con la imaginación que le volaba a Mendoza, y atravesaba la Cordillera; llegaba a Santiago y seguía viaje a Valparaíso; y, no encontrando al P. Valenzuela, tomaba rumbo a Roma en donde lo veía, empuñando fuertemente el timón de la nave mariano – mercedaria, y de allí regresaba hasta su celda y ....., pensaba y revolvía en su pensar divagueante... ¿ Qué otra cosa haría, para que todos los religiosos se alegraran como él; y como él, festejarán alborotados.....al nuevo y flamante General?

“Por fin se resolvió...; como de costumbre, fue de los primeros en concurrir al primer acto de Comunidad; y, al terminar el rezo de las Horas Menores, dijo que ese día, por empezar el mes

de la Sma. Madre de la Merced y también para festejar al nuevo Padre Maestro General, habría recreo todo el día, así lo consignó el mismo Corista Toledo:

“Al día siguiente hubo asueto todo el día y se realizó un paseo afuera de la ciudad a donde fueron algunos religiosos a pasar parte del día; tuvo lugar allí un regular banquete, estado todo muy cumplido y a satisfacción de todos los asistentes. Nuestro Señor y la Virgen inspiren al nuevo General en el desempeño de su alto oficio.” El libro de Gastos conventuales, anota en ese día: “Al Padre Provincial y algunos religiosos para un paseo.....10 pesos.”

“No se encuentran en el Archivo Conventual de Córdoba, otra demostración de tan intenso regocijo, como el que debió embargar al P. Torres, en esta ocasión: echar las campanas a vuelo a medianoche y añadir al día siguiente, por el mismo suceso....un paseo campestre...en comunidad!

“Y fue el Padre al paseo con los religiosos, no tieso, calada la capucha, con los ojos bajos y las manos bajo el escapulario..., sino alegre y dicharachero, como si el contento y el regocijo quisieran hacerle explotar a borbotones a su mismo corazón: así lo deja presumir las siguiente escena:

“muy cercano al lugar elegido para vivac del paseo, se hallaba una piara de cerdos a los que custodiaban y apacentaban un hombre joven, de apariencia sencilla y bondadosa, que se va deslizando disimuladamente hacia el grupo de religiosos que, indudablemente, llamaba su atención y curiosidad. Cuando se hallaba a corta distancia, lo saluda el P. Torres y entabla con él, el siguiente risueño dialogo:

-¿Son suyos esos cerdos, amigo?

-Sí, Padre, son de mi papá

-Y... ¿no tiene alguno para vender?

-Y...sí; para eso lo tenemos..., para venderlos.

-Y... ¿cuánto me cobrará por la cabeza de ese más grande?

-Y...y...¿cómo le vamos a vender sólo la cabeza?

-Usted dígame cuánto cobraría por la cabeza solamente?

-Y...¿porqué no lo compra todo?

-No, po...enteramente, porque yo quiero solamente la cabeza; por si lo compro a todo, no lo voy a poder llevar, po chico. Dígame Ud. Cuán me cobraría por la cabeza?

Y así continuaba el diálogo que era festejado por los que presenciaban, al notar el énfasis del Padre y los apuros del contrincante que, finalmente se dio cuenta de la broma del P. Torres que, por su parte, terminó invitando al visitante a servirse algo de los manjares que se habían llevado, y se hallaban a la vista.

“no fue vano y estéril el regocijo que alentó en ese día al P. torres, pues, fue él un “vidente” afortunado, con respecto a la acción que desarrollaría el P. Valenzuela, resucitando a la Orden; y procuró a toda costa, hasta con esta única y primera fiesta campestre, que los religiosos pusieran en él toda la confianza, no trepidando – como el Profeta – Rey, bailando delante del Arca del Señor (I – Reg. XVI – 23), en llevar su Comunidad a un paseo campestre, por ese motivo, y, hasta divertirse con sus Hermanos y Religiosos!” (26)

¡Sin duda esta anécdota tiene derecho a la primacía, sobre sus congéneres, pues, nos muestra al aún joven sacerdote de 31 años de edad - ¡todo un P. Provincial! – chanceando y bailoteando como un niño, porque.... Vislumbraba el resurgimiento de “su Orden querida”

Desde los albores de su sacerdocio, el P. Torres demostró apetencia é intensa aspiración por actuar en tareas culturales y procuraba adquirir las ciencias y conocimientos que lo hicieran un sacerdote apto para la conquista de las almas.

Que no es esto una huera suposición, nos lo persuade el siguiente escrito del mismo Padre, asegurando a sus novicios, en 1875: “Es indecible el bien que le acarrea la Urbanidad al Religioso: porque así como la cultura del entendimiento hace un Religioso tan apacible, y es tanta gloria de Dios, porque puede atraer almas a El por medio de la predicación, confesonario, escritos, etc. Así la Urbanidad que enseña al Religioso la cultura exterior, suele a veces atraer no menos, muchos almas a Dios.”(27)

Mientras el P. Torres pensaba, redactaba y “ponía en limpio” su Manual de Urbanidad” (de allí extraemos el párrafo anterior) se preparaba, al mismo tiempo, para dos serios compromisos intelectuales: dar el Examen ad audiencias (para oír confesiones), en el Tribunal del Obispado de Córdoba y otro más serio aún: el de competir y triunfar, para obtener en posesión el dictado de la Cátedra en Sagrada teología, siendo en ambos vencedores afortunados.

No se ha conservado en nuestro Archivo Conventual el Acta de esa Oposición pública a dicha Cátedra, hecha por el P. Torres, en la que triunfó de sus oponentes, pero existe una prueba evidente de que así sucedió, pues al darle él y a su compañero, el P. Manuel Arguello, patentes para poder presentarse ante la Curia Episcopal, para el Examen ad Audiencias, claramente expresa el Provil. P. Morales que las concede – Junio 1875 – “...al P. Regente de Estudios Fr. Manuel Arguello y al P. Lector de Sagrada Teología Fr. José León Torres.” (28)

“Por lo quece a los primeros tiempos del P. Torres, relativos a la predicación (escribí anteriormente), consta que hizo el “debut” como orador, en el año 1874 ( el de siguiente de su ordenación) : así lo confirma la siguiente partida que se asienta en el Libro de Gastos de la Cofradía de la Merced, en donde se lee: “Por estar asentada esta partida después de las fiestas de Septiembre y usar la palabra “sermón”, permite sospechar que el sermón del Padre fue uno de los principales de dichas fiestas.

“Esa prédica o sermón del P. Torres, consta también en el libro de Entradas del Convento, y unas pocas líneas, más adelante, (siempre en septiembre), se lee: “Por un sermón predicado por el Padre Avelino Ferreyra .....15 pesos.”: permite sospechar, en resumen; ó que el P. Torres predicó, en ese año, el sermón panegírico de la Virgen de la Merced, ó que lo hizo mejor que su Comendador, a juzgar por las diferencias de tres pesos en la gratificación que se hizo a ambos oradores!!! ¡Prometía el pibe!

Por una carta – encontrada en el Arch. Conventual de Mendoza – escrita por el P. Torres en su encomienda de La Rioja (del 6 – VII – 1882), nos damos cuenta de que está actuando allí como el “orador de campanillas”: así lo permite suponer el siguiente párrafo, al Hno. Arabena:

“Su amigo se ha hecho en La Rioja, más sinvergüenza que en ninguna otra parte; tuvo la osadía de exhibirse en el día de la colocación (?) de la Iglesia, ante un auditorio numerosísimo y

compuesto de lo más selecto; después, hace pocos días, cometió la misma audacia en plena Matriz, por la fiesta de San Pedro, donde asistió en corporación la Plana Mayor del Gobernador. En ese día lo habían preparado al Cordobés los caritativos riojanos, como a uno de esos parejeros que corren por millones” (29)

Es una confidencia jovial y juguetona al Hno. Arabena, pero no dudamos de la veracidad de esos datos.

Pero las inquietudes culturales y las apetencias intelectuales del P. Torres, no se aquietaban con esos chispazos esporádicos y transitorios, no : era un sacerdote religioso de grandes y generosas miradas, ordenadas todas ellas a la gloria de Dios, lustre de su orden y bien de las almas.

Como el Padre persistía pidiendo a su Dios y a su “Madre querida de la Merced”, por la satisfacción de esas apetencias e inquietudes de su alma, he aquí que el Cielo accede a sus fervorosas súplicas, el día 10 de Mayo de 1887, precisamente cuando el P: Torres, celebrando el Santo Sacrificio, rememoraba el 14° Aniversario de su Primera Misa, inspirándole – diremos en lengua humana – la fundación de Mercedarias Educacionistas: creo no se tomará esta locución, como una generosa y huera suposición, ya que – 40 años, más tarde (11 – X – 1929) le dirá, sin reticencias, el Visitador Apostólico, P José Joanneman: “..... no puedo menos de felicitar a V.R. por el resultado (de la Visita Apostólica que había hecho al Instituto). V.R. ha creado impulsado por Dios Nstro. Señor, una gran obra que está haciendo un bien incalculable a las almas y da mucha gloria a Dios.” (30)

Realizada la fundación del Instituto, una de las primeras medidas tomadas por el P. fundador, fue la de proveer a las Religiosas el medio con que Habían de desarrollar sus tareas de Educacionistas: un pequeño Colegio. Aunque la obra del P. Torres no marchó a pasos agigantados, antes de los 30 años de vida, ya obtuvo un triunfo resonante: con fecha 10 de Junio de 1922. El Gobierno Nacional, en los primeros años del Normalato; y con fecha 6 de Abril de 1924, se le acordó el Normalato completo y, desde esa fecha, el Establecimiento formó íntegramente a las nuevas Maestras, otorgándole título nacional, válido en toda la República. (31)

¿Celebraría el P. Torres, con grande algazara y ...hasta con algún paseo campestre con las Hermanas, ya que bien lo merecía el triunfo y la gracia obtenidos? De ninguna manera: se limitó a decir serenamente a las Religiosas: “Las Hermanas Mercedarias han dado un gran paso en su misión de educacionistas. Acaban de incorporar su acreditado Colegio que dirigen en Alta Córdoba, al Colegio Nacional de niñas de esta Ciudad.....” Este es el primer colegio de niñas incorporado de nuestra ciudad y su ubicación destacada en un barrio especialmente hermoso y lleno de atractivos. Las Hermanas han llenado todas las exigencias de la Inspección General de la Nación para ser hoy elevado su Colegio a esta categoría. (32)

Pero... no se piense que el ya anciano y santo viejo, miró con displicencia, ni menos con indiferencia el triunfo, no: se alegró con sus Religiosas, como se desprende del siguiente párrafo que se puede leer en ESTAMPAS DE UN CONDUCTOR:

“Sin duda que el P. Torres, después de dar las debidas gracias al Señor y la Ssma. Madre; y al amigo Dr. Eufracio Loza, se entregó aunque sin gran algazara, al regocijo con sus religiosas y

es prueba de esto último, una carta suya a la Madre Sor Clemencia, en la cual le dice: “En la mañana del domingo último recibí telegrama del Dr. Loza, comunicándome la incorporación del Colegio de las hermanas y esta gente reventaba de júbilo y zapateaban por todas partes, de afuera llovían las felicitaciones. Los sueños de las Hermanas, que antecedían a la incorporación, eran raros, y hasta chistosos, y venían coincidiendo favorablemente. Bendiciones a manos llenas. P. Torres (33)

No dice el Padre si él también zapateaba, pero es probable que, al ver contentas a las hermanas, a lo menos sentiría que...su corazón, en vez de latidos, producía...¡brincos incontenibles de gozosa satisfacción!.

Sin duda que los lectores con el conocimiento de las anécdotas anteriores del P. Torres, se han percatado de cómo festejaba el Padre los sucesos agradables que le sonreían en su vida: no pudiendo ocultar la satisfacción que le embargaba, sabía encasillar en términos justos y razonables, las expansiones sanas y santas de su alma.

Así que, nos lo hará ver, igualmente, la presente anécdota que, además de cerciorarnos de que no era un estático o insensible a los nobles y legítimos motivos de alegría y expansión había adquirido un dominio absoluto – humanamente hablando – de sus misiones y pasiones; y lo que es más aún, a nuestro propósito, nos hará ver que el Padre, no obstante a sus 77 años de edad, y más de sesenta de intensa vida claustral, aún le acompañaba con gallardía su juventud, y hasta restos bien marcados, de la niñez que, en ningún momento lo abandonó: nos lo hará ver la presente anécdota, realizando una inocente distracción juvenil, cual es la de subir a un campanario y, por sus propias manos.....¡hacer sonar una campana!

Es el 19 de Septiembre de 1926. El Padre se halla poseído de una intensa alegría, porque en los días anteriores ha sido bendecido el nuevo templo de la Casa Madre de las Mercedarias del Niño Jesús; ya se traslado el Ssmo. Sacramento al nuevo templo y se dispone, en este día, a celebrar la primera Misa: veamos lo que, al respecto, se lee en ESTAMPAS DE UN CONDUCTOR:

“Y ¿a quién se debe y quién ha realizado todo esto? Ese afortunado visionario que los ha hecho, no sé si en cumplimiento de algún voto, pero sí de un anhelo, pues, así se lo manifestó al Rmo. P. Valenzuela; es el mismo visionario y no otro, que el hijo de Luyaba, el P. Torres, cuando le aseguró: “Trataré de conseguir un terreno grande, en donde se edifique Iglesia, Convento y Colegio.” (34)

“Hace 36 años puso allí la piedra fundamental, en el transcurso de esos años ha venido bragando, orando y pidiendo, para ‘poder cumplir con su palabra empeñada, y en ese 19 de Septiembre de 1926, casi a los 40 años de pertinaz persistencia y de activa perseverancia en sus primer querer, ve realizado su sueño y cristalizados sus anhelos.

“¿Estará contento el Padre, en ese día?

“No es hombre de manifestar su alegría con grandes exclamaciones, ni con estrepitosa algazara; y ni siquiera usaba un tono de voz más elevado que el ordinario; parecía tener un dominio tan completo de sus nervios, que bien elegida hubiera sido, su silueta y su continente, para modelo de la “estilización” de.....¡la serenidad!

“A pesar de todo esto, el P. Torres se traiciono, descubriendo que estaba embargado por una alegría que amenazaba desbordar en algo, para que no explotara su corazón que ya no lo podía contener, por lo mucho que se le había agolpado ella, y por falta de una válvula de escape:

“Temprano, como de costumbre, abandonó su pobre lecho y también su Convento, llegando hasta la nueva Iglesia: pues, debía ser él quien celebrara allí la Primera Misa que oirían la Comunidad, las alumnas del colegio y numerosos fieles. Como ha llegado con antelación, confiesa algunas personas que lo aguardaban en el confesionario; sigue, después a la nueva sacristía que está radiante de nuevos ornamentos y vestimentas (blancas por celebrarse a la santa mercedaría Santa María de Cervellón) y vasos sagrados, como un reflejo de toda la Iglesia que se halla convertida en un haz de luz, flores y alfombrado; nuevos bancos, y todo flamantemente y relumbroso!!!

“Da, luego, algunas indicaciones y directivas a la Hna. Sacristana; consulta su reloj, constantemente que aún faltan unos pocos minutos, para dar comienzo a la Santa Misa, y.....¡le asalta de improviso la idea que lo ha de traicionar, acusándolo de que se halla posesionado y también enternecido, por el cuadro sublime de todo aquello que se retrata en sus pupilas..... sale..... sin decir a dónde va; sale por la iglesia y entra al Convento de las Hermanas; toma la escalera que lo conduce al Coro Alto; respira allí fuertemente, pues los 77 años que tiene bien cumplidos, lo fatigan; pero...sigue subiendo los peldaños que lo llevan hasta el campanario, se detiene junto a las campanas, contemplando amorosamente; descansa algunos instantes, pues siente la agitación que lo obliga a tomarse algunos instantes, para evitar la sofocación, permaneciendo quieto, para que sus pulmones regulen su respiración y ... entonces, constatando que no ha sucedido nada extraordinario por su imprudencia, empieza a llamar la primera misa que se ha de celebrar en aquella Iglesia, y que él mismo ha de officiar, instantes después, ¡quizo hacerles ese obsequio al Señor y a la “Madre querida”, en recompensa de la alegría desbordante que pujaba por explotar.....¡en su enternecido corazón!

“¡Cómo se alegrarían los Ángeles que estarían hasta.... Perplejos, pero sonrientes, al presenciar aquella escena que, a más de uno, hubiera producido... escalofríos: ¡Ver un anciano, casi octogenario, llegar hasta las alturas dificultosas de un campanario; y verlo allí mismo, convertido en un niño.....en su misma vejez!. (35)

¡Qué ingenioso es el amor, cuando trata de halagar y regalar a Jesús, su bien Amado! “Ama y haz lo que quieras”, dice San Agustín. El Real Profeta David, queriendo obsequiar más y más a Yaveh, no trepidó en aparecer como vulgar plebeyo, bailoteando ante el Arca Santa.....!

En ese 19 de Septiembre de 1926, el Padre Torres quiere hacer él, algo semejante a lo del Real Profeta; pero quiere también que sólo lo sepan y lo vean los obsequiados -¡Jesús y María! – y, para esto, su astucia de “niño grande”, lo conduce hasta donde se hallan las campanas que, desde ese día.... “atraerían las almas a Dios” ....con su armonioso tañer!

¡Como un “niño bueno” se ha dado el gusto de ...”salir con la suya”, trepándose hasta lo alta del campanario; contemplando desde allí, con sus propios ojos a la “tierra de sus amores”, Alta Córdoba que, al morir él, fue hallada digna de conservar, fiel y reverentemente, los restos

venerados del “Niño José León”....., el primer campanero que llamó a Misa en aquel “Santuario”!!!

¡Bendito el capricho inocente de ese niño...añoso y juguetón!

#### 4. – Alguna seria preocupación.

¿Tendría el P. Torres, seria y graves preocupaciones en su Convento de la Merced de Córdoba?

En la obra documental EL PADRE TORRES, he tratado con bastante detenimiento, ese interrogante; pero en obsequio del lector, haré una breve síntesis de las ocupaciones y preocupaciones que ocupaban el tiempo del Padre, en el lapso de 1883 – 18887, en que ejerció su tercer provincialato, y lo haremos, porque la anécdota siguiente sucedió entonces:

Que el P. Torres estaba constantemente ocupado, nos lo permite, a lo menos suponer, su condición de sacerdote religioso que tiene su iglesia anexa en la que se administran diversos ministerios; en un barrio céntrico y con densa población. Dicta algunas cátedras en el estudiantado; atiende las pesadas y graves tareas de Superior Provincial que tiene que mirar por los Religiosos de todas las Casas de la Provincia Mercedaria, y también actúa en algunas Comunidades de Religiosas, como confesor, etc.

Pero...además de las ocupaciones ordinarias de su condición y oficio, se habían añadido al Padre, graves preocupaciones y siendo unas de las mayores, los vientos huracanados de liberalismo e irreligión que, con motivo de la implantación de la Enseñanza Laica, en la Argentina, se produjeron hasta actos violentos para con la Iglesia y algunos de sus Prelados: no trepidó el P. Torres en calificar esta situación, como una “verdadera persecución”, escribiendo a su Maestro General.

Cavilando se hallaba el Padre, en todo su cúmulo de ocupaciones y preocupaciones, cuando le llegó y asaltó otra..., tal vez más seria y subyugadora: le ha venido, le ha asaltado “La Idea” de la fundación de religiosas mercedarias educacionista, para conjurar, en algo siquiera, los males que ocasionaría a la niñez, la implementación de la Escuela Laica; y tan fuerte debió ser el impacto que él sintió por esa “ocurrencia”, que, en el mismo día – 10 de mayo de 1887 – “lo consulté con mis Consejeros y me aprobaron”, aseguró a su P. Maestro General. (36)

¡Cómo y en qué estado de ánimo quedaría el Padre, ante esta nueva é inusitada preocupación, suficiente ella sola para acaparar y ocupar hasta los vericuetos más recónditos de una mente é imaginación que, cual rodilla escurridiza sube, baja, supone, calcula, se interroga: ¿qué cosa? ¿Con qué medios? ¿Con quiénes lo he de hacer? Haga el lector, suposiciones.....!

El P. Torres era de la misma arcilla nuestra y más que probable es, que todo eso y mucho más..... Le sucedió a él!!!

Que todo este mare magnum de pensamiento, imaginaciones, dudas é inquietudes aseteaban al Padre, ni siquiera nos he lícito ponerlo en tela de juicio, pero no es difícil que la fe y serenidad, virtudes con las que ya, parece, estaba familiarizado, pudo reflexionar de acuerdo



con la siguiente lección que – años después- dio a una Superiora que lo hacía confidente de sus preocupaciones, contestándole: “Por acá se batalla con espada desnuda, y nuestro Señor de contento, permite nuevo combate.

y.....casual, pero efectivamente, llegó el nuevo combate: le comunica el portero del Convento que una Monjita del Monasterio Santa Catalina, desea y le pide que vaya a confesarla, pues, quiere confesarse con él!

Imagínense a su gusto y parecer, nuestros lectores, sobre las impresiones, emociones y reacciones, por las que paso el Padre, al recibir el mensaje, precisamente cuando se hallaba más engolfado en sus serias ocupaciones y tortuosas preocupaciones; pero..... es lo cierto que él concurrió para complacer a la, le dijo a la monjita bendita monja.

Ya en el confesionario, es probablemente que, como en el día anterior, al confesar a la Srta. Nicasia Ferreyra, le dijo a la monjita: “.....confiéscese prontito” (38), pues, aún seguía el Padre con la más seria de sus preocupaciones, el de “la idea” del 10 de Mayo.

No creo que, de boca del P. Torres, saliera algún relato sobre lo que oyó, ni sobre lo que él dijo a la monjita Sor Leonor, en el confesionario; pero es muy probable que la confesada fue quien lo narró, primeramente a sus Hermanas del Monasterio y, algún tiempo después, a un grupo de las nuevas Mercedarias que visitaron a las Religiosas en el Monasterio, por indicación del Fundador P: Torres. La anécdota, en sustancia, es lo siguiente:

Empieza Sor diciendo al P. Torres que ha tenido un raro, pero hermoso sueño, en el que veía a la Sma. Virgen de la Merced y muy cerca de Ella, al Padre Torres

-“Y diez palomitas blancas  
Comían entre sus dedos,  
Y alegres de allí volaban  
De la hermosa Madre al pecho.  
¡Con qué placer sonreía  
La Señora de los cielos;  
Tomábalas con cariño,  
Las besaba, y ellas, luego,  
Más blancas y más hermosas  
Se volvían a sus dedos,  
Y picoteaban sus manos  
Arrullando de contento.” (39)

Ignoro si al escuchar el P. Torres el divertido relato de la penitente, frunció el seño o apretó los labios, para no reír, ni enfadarse: pero.... Ya algo repuesto de la primera impresión que recibió, al escuchar a la monjita aguardaría impaciente, que le dijiera el Padre que ese sueño podía aspirar a la categoría de revelación celestial, sólo pudo escuchar la siguiente -juguetona y....¡ a lo mejor! – fría y desabrida respuesta del padre:

-No, por enteramente, Hermanita. Con el escaso tiempo que dispongo....., no estoy como para ponerme a criar palomas! Rece por mí. Adiós.

¿Fue esto un presagio de Sor Leonor? ¡Es posible!

¿Fue solo una salida genial la respuesta del P. Torres. Es también posible y muy probable, ya que, al decirle eso, le decía la verdad; le aseguraba que no se hallaba en condiciones de dedicarse a “criar palomas” y, finalmente, ninguna coincidencia le hizo del asunto que lo preocupaba.

Por cierto que el P. Torres abandonó enseguida el Monasterio; venaría recordando y mascullando las palabras de Sor Leonor; y vendría, también, hasta con deseos de reír por la genial chuscada con que respondió a la penitente antojadiza que por algunos buenos ratos, se ocuparía en tratar de descifrar el significado exacto de lo que le respondió el Padre....

Pero dejémonos de hacer cábalas, y veamos una segunda anécdota.

b) El P. Torres estuvo en condiciones de poseer un gran caudal de conocimientos, acerca del contenido de la Sagrada Escritura, a lo menos por un doble motivo: 1° el de haber escuchado su lectura, en el Refectorio de su convento, desde niño, por más de cincuenta; y 2° porque se dedicó a la enseñanza de sus Hermanos de hábito, y más especialmente por el desempeño de la Cátedra de S. Teología, en el lapso de veinte años.

¿A qué vendrá esto?...se preguntará el lector.

Sencillamente se hace esta reflexión, por creerla, sino necesaria, a lo menos conveniente; para prevenir, por si algún incauto ó ignaro de personalidad del Padre, leyere apresuradamente la anécdota que trataremos ahora, y llegara a la conclusión de colgar al Padre el sambenito de ignorante ó irreverente.

Entremos de lleno en el asunto que nos hará ver cómo, no obstante que ya ha iniciado el 50° año de su existencia, aún sigue admirando a sus contemporáneos más inmediatos, con sus... genialidades de niño. Y en esta ocasión, lo haré por una delicada y seria preocupación: ha ordenado a las Hermanas Mercedarias, que hagan traslado total y definitivo del personal, con su Colegio y todos los muebles y enseres que tienen en la calle Tucumán, a la nueva parte ya edificada “en el terreno grande”, de Alta Córdoba, ó sea la Casa Madre actual.

Es de imaginarse lo que significaría aquel traslado, en el penúltimo año del siglo XIX; pues, no se trataba del cambio de casa de una familia, sino de una Comunidad con el Colegio anexo

¡Cuánta diligencia, cuántas vigiliias, cuántas preocupaciones ocasionaría todo esto; no sólo preparando en Alta Córdoba, las celdas para las Religiosas con locales para actos comunes; las piezas y aulas, para las alumnas internas, y para las clases, etc.!

En la nueva morada tenían ya habilitado un pequeño oratorio que, como es de suponer, resultaba desde ahora, incapaz de contener a las religiosas con las alumnas y algunos fieles que empezaron a concurrir...esto último preocupaba sobremanera al Padre que, no hallando otra solución, ordenó a las Religiosas: a la Imagen de Nstra. Ssma. Madre, la llevaremos al Convento de los Padres; Ella quedará en la Capilla del Noviciado....¡hasta que le podamos levantar un “Santuario” en Alta Córdoba!.

No hay duda que, a primera vista nos hace pensar esta determinación del Padre...como si él hubiera querido imponer una penitencia a la sagrada Imagen, por no haberle

proporcionado medios materiales, para edificarle, a lo menos, una humilde Capilla; y que, por eso la recluye en penitencia”, en la Casa de los Padres: en ese caso, cometió una irreverencia.

Tengo para mí... en este caso se inspiró el P. Torres, en un hecho relatado en el libro del Génesis, en donde se lee la lucha que sostuvo Jacob con un Ángel a quién no lo quería soltar, hasta que no lo bendijera “No te dejaré ir, si antes no me das la bendición.”.(40)

“Enteramente...”, se diría a sí mismo, el Padre: si Jacob que se hallaba enteramente solo, de noche, peleando con un Ángel ó con Dios, él no sabía bien con quien peleaba, salió con la suya, obteniendo la bendición que pedía a su contrincante... ¿será una falta de respeto que yo mande a nuestro Convento, a mi Madre Querida, hasta que Ella me proporcione un local decente, para Ella, en la Casa de Alta Córdoba?

“Y obedeciendo las Religiosas, separándose de la Dulce Negrita, y Ella también obedeció dejándose llevar a la Capilla de sus hijos, y permaneció allí... sin enojos, ni protestas: ¡La Reina estaba...en penitencia!

¿Sería que el Padre estaba al tanto de algún secreto que Ella le sopló, al oído? Puede serlo, pero lo ignoramos.

“Lo cierto es que él, según aquello de “ayúdate y Dios te ayudará”, ya tenía un plan y lo puso luego en ejecución.

“Todo lo anterior sucedió en el mes de Abril 1898; en el mes siguiente, publicó con su firma, en REVISTA MERCEDARIA, un suelto ó circular, manifestando que la Negrita carecía de un templo ó capilla, en Alta Córdoba; invitando a sus devotos a cooperar, levantándole un “Santuario” (así lo decía) y prometiendo “.....para dentro de poco, una simpática fiesta, al conducir en solemne procesión la venerable Imagen de nuestra dulce Madre”.

“No conservó el P. Torres la fecha de los sucesos; pero es lo cierto que se le presentó un caballero que le permitió costear el precio total de la nueva Capilla; y, en los tres meses siguientes, estuvo todo completamente ejecutado, construido y terminado: una espaciosa Capilla nueva de 20 x 10 mts., ¡Se hicieron allí hasta un solemne pontifical!

“¿Pudo hacerse, normalmente, esa obra, en tres o cuatro meses?

“Lo cierto es que se hizo (aún subsiste, después de setenta años), y el 16 de Octubre del mismo año 1898, salió la dulce Negrita de su cautiverio, desde la iglesia de la Merced, acompañándola a su nuevo trono ó “Santuario”, una procesión que pocas veces la presencié Córdoba, sobretodo, si se tiene en cuenta que el trayecto recorrido abarcó más de 30 cuadras.

¿Qué opinas, lector benévolo, de esta aparente jugada del pibe José León que, llevado de su inocente manía infantil de bromear; al encontrarse en la seria preocupación de ofrendar un alojamiento decente a la misma Madre de Dios, no trepidó, ni tuvo escrúpulo de dejarla en penitencia, hasta que él pudiera subsanar.....el desaguisado?

Por lo que a mí corresponde, le diré con sinceridad: al reflexionar en este caso, casi instintivamente, vienen a mí el recuerdo aquellas palabras del Divino Maestro “...si tuviereis fe, como un grano de mostaza, diréis a este monte: trasládete para allá; y se trasladará, porque nada imposible será para vosotros.” (42)

¡Era genial.....pero era un niño de mucha fe!

c) Si se ha visto al P. Torres – en la anécdota anterior – usando la estratagema de poner en penitencia a la Imagen de la “Negrita” hasta que Ella facilitara los medios con qué levantarle un pequeño Santuario, en Alta Córdoba, la anécdota de que trataremos ahora nos hará ver que, ya en pleno siglo XX, el niño Torres Rivero, seguía gozando de gran predicamento en la Corte Celestial, por el hecho de... ¡seguir siendo niño!

Fue en el año 1904; año en que todo el Orbe Cristiano, festejaba las Bodas de Oro de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción de María Santísima; y a cerca de cuya rememoración, el P. Torres, en su carácter de Superior Provincial, recordó a los Religiosos y también a las Hermanas: “Nosotros los Mercedarios, hijos especiales de la Ssma. Virgen, debemos siempre estar prontos a cooperar en todo cuánto redunde en gloria de María, nuestra querida Madre.... (43)

Presumo que el Padre fijó a las Religiosas, un nutrido y selecto programa por esta festividad mariana; pero..., cuando se hallaba en pleno desarrollo el programa de las fiestas patronales de la Negrita, he aquí que una de las Hermanas, se siente enferma, se reagrava y los médicos... dicen que los han llamado tarde, y.... se declaran impotentes!

“Hay un caso muy llamativo – léase en ESTAMPAS DE UN CONDUCTOR – en la vida del P. Torres, el cual es hermoso, porque se lo imagina uno, sin querer, luchando con la muerte a la que pretende arrebatarse una presa: allí él es testigo, es el único que nos ha dejado narración escrita é impresa del hecho – bien conocido, por muchos – y en el que él tuvo su parte de actor principal, en el hecho mismo.

“Es en el año 1904, el día 2 de Octubre. En la Capilla de las mercedarias de Alta Córdoba, se ha realizado la solemne función de la Ssma. Madre de la Merced, con todo brillo y suntuosidad, aunque mezclado con algo de tristeza, pues la Hna. Sor Clemencia Argüello se halla enferma, y poco menos que moribunda. Cedamos la palabra al P. Torres:

“Encontrándose una de las Hermanas gravemente enferma hacía cinco o seis días, un doctor en medicina, de reconocida fama, al examinarla manifestó habérsela llevado tarde, y pidió el concurso de otro médico, quien también la examinó. La enferma preparó su alma, recibiendo los santos sacramentos. Llegó la víspera de la fiesta y, en la tarde, al ponerse el sol, el Dr. la encontró sumamente grave, y juzgando no amanecía. Al día siguiente día que era el de la fiesta, el Padre que debía cantar la misa, fue nuevamente antes, a darle la absolución sacramental temiendo muriese durante la fiesta; pues estaba sin hablar y se dudaba si aún conocía. Continuó en ese estado y el médico volvió esa tarde, después de haberse dado el primer repique para la procesión de la Imagen de Nstra. Ssma. Madre y al ver su estado, no se explicaba cómo aún vivía. Hizo traer con urgencia oxígeno para que no muriera asfixiada.

Nótese la abundancia de detalles y preparativos que sólo indican la persistencia con que luchaba el Padre, intentando, como un niño voluntarioso y dominado por un capricho de “salir con la suya”, “cueste lo que cueste”, el arrebatarse la presa que ya la muerte había hecho suya, y sigue:

“Se aproximaba ya el momento de salir a la procesión y las niñas internas del Colegio, pasaban al Coro. Entonces el sacerdote que asistía a la enferma (era él), como si sintiese un algo que lo obligaba a recurrir a la divina Señora, hizo suspender las niñas, diciéndoles que

acudiesen inmediatamente a la soberana Madre, y ante su Imagen rezasen postradas una Salve, pidiéndole, si convenía, obrase un milagro dando la salud a la enferma que estaba por morir.”

Sigamos la narración del Padre:

“Pasó enseguida (él mismo) a la capilla a ordenar la salida de la procesión, y ante todo pidió esto mismo al numeroso concurso que hincado rezó la Salve. El tiempo amenazaba lluvia y un pequeño chaparrón precipitó el regreso de la imponente procesión.” (Obsérvese cómo cambia de tono la narración del P. Torres, escrita al año siguiente, como si aún le embargara la alegre impresión que le produjo el hecho, siguiendo:

“La Madre amorosa parecía agitarse en su rápida marcha (venían apurados por temor a la lluvia); Era que nos esperaba la nueva de la gracia pedida. Inmediatamente la Superiora nos hace decir que la enferma se siente mejorada; que si momentos antes no sentía ni los repliques de campana, ni el estampido de algunas bombas que se habían tirado, ahora ya percibía completamente todo, sin que nada la molestase y que por lo tanto podían encender los fuegos artificiales preparados para la fiesta y suspendidos por motivo de la enfermedad. En esa noche se alimentó como una sana, al día siguiente por la tarde, se llamó al médico, quien al ver su estado reconoció sorprendido el prodigio obrado: no fue necesario visitarla más.” (44)

“No sé de otro caso en la historia humana, en que santo alguno hiciera la celebración de un hecho prodigioso, realizado por él o por otro, como éste que hizo el Padre Torres: anunciarlo, narrarlo, y sobre todo, festejarlo con un alegre andanada de bombas que, sin duda, fue sentida por toda la Docta Córdoba”.

“Y la enferma?” ...36 años después, el 1° de Octubre de 1940, siendo Comendadora en la Casa de Villa Concepción, entregó plácidamente su alma a Dios, después de haber sido durante todo ese tiempo, un testigo irrecusable de cómo el P. Torres...supo luchar (cual otro Jacob con el Ángel), brazo a brazo con la muerte, y logró arrancarle esa presa, cuando.... Parecía imposible conseguirlo”. (45)

¡Bien por este niño..... caprichoso!

¿Qué efectos ó impresiones “impactaron” el ánimo del P. Torres, al ver y presenciar lo que sucedió “en un cerrar de ojos”: la curación de Sor Clemencia que, diez minutos antes, se hallaba sin conocimiento; en carpa de oxígeno y teniendo la sentencia de muerte, asegurada por los médicos?

No cuidó el Padre, el añadir en su relato, algo sobre lo que él experimentó en su alma, al presenciar y actuar en una casi resurrección, pero es muy probable que el estupor ocasionado a su alma, por esa manifestación palpable del Poder Divino y de la Poderosa Mediación de la Ssma. Virgen, siguieron en él las fervientes acciones de gracias, por el favor recibido, las muestras de complacencia a Sor Clemencia y a las demás Religiosas y ...luego nomás se posesionaría de él la “Idea” de no dejar ese hecho.....en un mezquino y vergonzante anonimato!

Fue, asimismo su querer de que las Hermanas no se contentaran con sólo aplausos y loas, y por ello, les indicó: “si las Hermanas quieren a su Madre, deben sentir la obligación que pesa en la conciencia, de anotar con su letra y bajo su firma, cada uno de los prodigios que la

Congregación viene notando desde su fundación, con todas sus fechas y detalles que pueden recordarse.” (46)

Por lo que a él correspondía, cumplió ese deber, escribiendo en REVISTA MERCEDARIA (Sepbre. 1905) varios de los sucesos más principales; y, refiriéndose al que nos ocupa, termina así: “Si esto puede llamarse milagro, podemos decir que expresamente pedido en momentos supremos, ante un pueblo que se postra a implorarlo.” (47)

d) Como las anécdotas traídas hasta aquí no harán ver – a todos -, con exactitud matemática, que en su obra, el Padre lo hiciera tratando de “hacerse como niño”, vaya la presente, como una revelación, en nuestro intento: el P. Torres, como todo niño....., ¡tenía miedo!

“Miedo. – leemos en cualquier diccionario - . Perturbación angustiosa por un peligro. Recelo de que suceda algo.”

Muchos son los hechos en la vida del padre, que nos hacen ver en él, al varón activo, esforzado, valiente y, en ocasiones, hasta temerario, lo cual desdice de un niño, si hace algo en ese sentido, es porque está contando con la presencia y protección de la madre.

Pero... también tenía miedo el P. Torres, y, porque lo tenía, procuraba, como un niño, asegurarse de que Dios estaba a su vista y que El, por medio de la Sma. Virgen ó de los Santos, lo protegerían en el caso.

¿Podremos comprobar esto? ¿Podremos sondear en las intimidades del Padre, ya ausente? ¿No hubiera sido una locura el intentarlo cuando él vivía; y un despropósito el intentar averiguarlo, ahora?

Tratemos de hacer algunos sondeos, sobre esto, lector amigo, ya que el viejo adagio... “contra los hechos no valen argumentos” y él nos alienta a buscar, buseando ese algo que mucho nos interesa!!!

Cuando a principio del año 1893, se preparaba el P. Torres, para iniciar su viaje a Roma, sin duda que andaba nuestro hombre, más que “seriamente preocupado”, por los graves asuntos que los llevaban a la Ciudad Eterna; por el tiempo de seis meses en que estaría ausente de la Patria; por los asuntos, cosas y gestiones que tenía entre manos y los dejaba aquí; por las personas que tendría que abandonar con su ausencia, principalmente a su Religiosas que aún se hallaban en el Jardín de Infantes, con cinco años de existencia, y... -¿por qué no decirlo? – por los peligros de la travesía que haría por primera vez, no sólo cruzar el Atlántico, sino también... el ir y estar en Tierra Santa!

Que preparó todo, cuidadosa y diligentemente el Padre, podemos suponerlo a su favor; pues, no le sucedió ningún percance, ni a su persona viandante, ni a las cosas ó asuntos que dejó aquí: ¡todo en regla, como si hubiera sido..... Un veterano en viajar! ¡Hasta de cosas, aparentemente, nimias, se le pasaron por alto, como lo veremos!

Pero...desde antes de iniciar el largo viaje, el Padre fue atacado por el miedo... a los peligros del mar alborotado: ¿qué hará él ante ese peligro muy posible y al que tuvo muy en cuenta?

Viene a su recuerdo que, en su Orden militó Santa María de Cervellón que, precisamente, fue llamada Santa María del Socorro ó Abogada de los navegantes en peligro; recuerda también que en la casa Madre de Alta Córdoba, hay un cuadro con la Imagen de la Santa: lo pide a las Hermanas: lo coloca cariñosamente en su equipaje y hace todo el viaje con ella.

En el viaje de ida a Europa, fuera del “mareo” que atacó a todos y también a él, de nada digno de mención nos certificó el Padre, que hubiera sucedido, como tampoco al regresar a la Patria. Pero, en el viaje desde Roma a Tierra Santa, ya no fue todo bonancible y así lo expresa en carta dirigida las Hermanas, narrándoles que “se levantó una furiosa tempestad” que le hizo temer por su vida y por la de todos los peregrinos.

A continuación escribe: “..... saqué el cuadro que Udes. Conocen... de Santa María de Cervellón y lo expuse a la vista del torbellino, calmándose luego las aguas.” (Museo P. T. Carts. De T.S.)

No cabe duda, mi buen lector: “... el cuadro que Udes. Conocen...” lo llevó consigo el Padre, desde aquí, de la Casa Madre y lo llevó en previsión ó recelo de que sucediera “algo peligroso”: probablemente lo acompañó ese miedo infantil, desde que se embarcó en Bs. Aires – el 19 de Enero de 1893, hasta los primeros días de Julio, siguiente en que, de regreso, pisó – contento y alegre – el suelo de su Patria.

¿Dirás que esto es, ni más ni menos que una niñería ó santurronería del P. Torres? Puede serlo, en verdad, pero ella hace ver que, no obstante sus 34 años de edad, era un sacerdote que no se avergonzaba en proceder como un niño bueno, previsor y hasta devoto de los Amigos de Dios.

Haciendo ahora un sencillo resumen ó simple recordación de las anécdotas traídas – las cuatros últimas, sobre todo - ¿puede seguirse en buena lógica que, a lo menos, indirectamente, se siga de ella, que aparece allí el P. Torres, sino de cuerpo entero, a lo menos contagiado con el candor inocente, y con las muestras juguetonas de un niño?

Creo que sí; pues, en la respuesta que diera a Sor Leonor, resalta, sin gran esfuerzo, elpreciado anhelo del Padre de atraer almas, como si dijera: todo un sacerdote de Jesucristo, al que le ha sido dado el poder y el deber de enseñar, predicar y confesar, para atraer almas a Dios ¿podrá ocupar su tiempo y actividad, en un oficio de potentados ó de vagos “criando palomas”, con el sólo fin de entender sus ocios? Por lo que hace a “poner en penitencia a la Ssma. Virgen” y el solicitar a la misma Negrita la curación de la Religiosa enferma, también se ven allí los muy justos anhelos del Padre, pues la Religiosa con el ejercicio de su misión de educacionista y la Capilla para que ella se rindiera culto a su Dios y se predicara la Divina Palabra, obras ambas de... ¡verdadero apostolado!

Por otra parte, al notar el modo sereno pero imperioso que usa en la consecución de esos anhelos, para “salir con la suya”, se presenta ante nuestra consideración, la imagen de un niño que pide, ruega, importuna, llora y zapatea, hasta alcanzar de su madre, el juguete, el manjar ú objeto cualquiera que, desea, se le dé!

Nada desordenado, ni moralmente reprobable, se encontrará en esas explosiones que sugerían al Padre, el contestar ú obrar con rapidez, ante la pregunta inesperada ó para contrarrestar el suceso repentino y angustioso que – hosca y furibundamente- ...lo amenazaba y afligía!

## NOTAS

- (1) P.Scio. LS BIBLIA - N.T.t. I, pág. 64.
- (2) VERGELES MERCEDARIOS – Marzo de 1940.
- (3) REVISTA MERCEDARIA – 1932 – pág. 840
- (4) HH. Mercedarias. Museo P. Torres.
- (5) Mi Diario. Cuad. 28. 16 –XII – 1930
- (6) HH. Mercedarias. Mus. P. T. pieza 640
- (7) EL PADRE TORRES (1962) pág. 55
- (8) Obra cit. 1931 – vol. VIII – pág. 29
- (9) EL PADRE TORRES. Pág. 56
- (10)VERGELES MERCEDARIOS. 23 – IV -1940- 1- n° 23
- (11)REVISTA MERCEDARIA. n° 32 – pág. 840
- (12)EXODO. c.X. v. 38
- (13)EL PADRE TORRES. Pág. 100 y ss.
- (14)Ibid. Pág. 105
- (15)ESPIRITU Y MAXIMAS. pág.90
- (16)Ibid. pág. 39.
- (17)Ibid. pág. 34
- (18)Ibid. pág. 107
- (19)Ia. Ad Corts. XII -31.
- (20)ESPIRITU Y MAXIMAS. pág. 117
- (21)EL PADRE TORRES. Pág. 242.
- (22)ESPIRITU Y MAXIMAS. pág. 107
- (23)Obra cit. pág.44
- (24)Ibid. pág. 45
- (25)HH. MERCEDARIAS. Escrts. P.To. n° 517
- (26)Obra. cit. pág. 42 y ss.
- (27)Vide en Mus. P. T. pág. 6.
- (28)EL PADRE TORRES. pág. 68.
- (29)Mus. P.T. n° 600.
- (30)LAS TERC. MERCDS DEL N.J. t II – pág. 271.
- (31)EL PADRE TORRES, pág. 268.
- (32)ESPIRITU Y MAXIMAS. pág. 104.



- (33)Obra cit. pág. 131.
- (34)EL PADRE TORRES. 243.
- (35)Obra cit. pág. 137
- (36)EL PADRE TORRES. pág. 184
- (37)ESPIRITU Y MAXIMAS. pág. 107
- (38)EL PADRE TORRES. pág. 183.
- (39)P.P.A.F.E. OBRA POETICA. pág. 256.
- (40)Génesis. C. XXXII. V. 19
- (41)ESTAMPAS DE UN CONDUCTOR. pág. 111.
- (42) Ev. S. Math. c. XVII. V. 19
- (43) ESPIRITU Y MAXIMAS. pág. 68.
- (44)ESTAMPAS DE UN CONDUCTOR. pág. 118.
- (45)Ibid.
- (46)ESPIRITU Y MAXIMAS. pág. 75.
- (47)EL PADRE TORRES. pág. 309.